



Con el Corazón Abierto

Dalai Lama - Con el Corazón Abierto

3.- LA COMPASIÓN GLOBAL

En mi opinión, la clave para un mundo más feliz y próspero en cualquier ámbito de la sociedad, bien sea familiar, nacional o internacional, es el crecimiento de la compasión. No tenemos que ser religiosos ni necesitamos creer en una ideología concreta; todo cuanto tenemos que hacer es desarrollar nuestras buenas cualidades humanas. Estoy convencido de que cultivar la felicidad individual puede contribuir a mejorar de forma profunda y eficaz la comunidad humana en su conjunto.

Todos compartimos la misma necesidad de amor, y esta cualidad común hace posible que sintamos el lazo de fraternidad que nos une con cualquier persona nueva a la que conocemos, sea en las circunstancias que sea. No importa lo extraños que nos resulten sus rasgos, su vestimenta o su forma de ser, no existe una división significativa entre nosotros y el resto de la gente. Es absurdo insistir en las diferencias externas pues nuestras respectivas naturalezas son iguales.

Observar nuestra situación global nos ayuda a ver con claridad cuáles son los beneficios de trascender esas diferencias superficiales. La humanidad es fundamentalmente una, y este pequeño planeta en que habitamos es nuestro único hogar; si deseamos protegerlo necesitaremos experimentar un intenso sentimiento de altruismo y compasión universales, pues solo así podemos eliminar los motivos egoístas que llevan a las personas a engañarse y maltratarse unas a otras. Los que tienen un corazón sincero y abierto sienten por naturaleza confianza y autoestima, y no tienen por qué temer a los demás.

Cada vez es más necesaria la existencia de una atmósfera de cooperación y apertura a nivel global. En la actualidad las barreras familiares o nacionales desaparecen en cuanto concierne a la economía, pues el mundo se halla inextricablemente interconectado. Los países y los continentes dependen mucho unos de otros; así, un país que sea capaz de desarrollar su propia economía se ve forzado a prestar mucha atención a las condiciones económicas de los demás países. En realidad, el desarrollo económico de otros países suele favorecer el desarrollo económico del propio país. Estos hechos de nuestro mundo moderno requieren una revolución total en nuestra forma de pensar y en nuestros hábitos. Cada vez resulta más evidente que un sistema económico viable debe estar basado en un verdadero sentido de la responsabilidad universal. En otras palabras, lo que necesitamos es un compromiso auténtico con los principios de la fraternidad universal. Hasta ahí está claro. No se trata, por tanto, de un ideal sagrado, moral o religioso, antes bien, es la realidad de nuestra existencia humana moderna.



La reflexión sobre el presente estado de cosas en el mundo, bien sea en el campo de la economía moderna o en el de la salud, bien en las situaciones políticas y militares, nos ayudará a darnos cuenta de que en todas partes necesitamos más compasión y altruismo. Además de enfrentarse a numerosas crisis sociales y políticas, el mundo también padece un creciente ciclo de calamidades naturales. Año tras año presenciamos cambios drásticos en el clima del globo que acarrearán graves consecuencias, como las lluvias torrenciales en algunos países y su secuela de graves inundaciones, mientras que otros países padecen la escasez de precipitaciones que provoca sequías devastadoras. Afortunadamente asistimos a una creciente preocupación por la ecología y el medio ambiente en todo el mundo, pues empezamos a vislumbrar que la cuestión de la protección ambiental lleva implícita, en última instancia, nuestra propia supervivencia en el planeta. Como seres humanos debemos respetar a nuestros congéneres. La compasión, la amabilidad, el altruismo y un sentido de la fraternidad constituyen las claves del desarrollo humano y también de la supervivencia del planeta.

El éxito o el fracaso de la humanidad en el futuro depende fundamentalmente de la voluntad y la determinación de la generación actual, y es un hecho indiscutible que si no ponemos toda nuestra voluntad e inteligencia en este empeño no habrá nadie que pueda garantizarnos un futuro, ni para nosotros ni para las generaciones futuras. Y no es lícito echar todas las culpas a los políticos o a aquellas personas que consideramos directamente responsables de algunas situaciones; nosotros también debemos aceptar nuestra parte de responsabilidad, pues solo cuando el individuo acepta su responsabilidad personal es capaz de tomar iniciativas. Quejarnos y lamentarnos no basta; el verdadero cambio debe proceder del interior del individuo, solo entonces está en disposición de aportar contribuciones importantes a la humanidad. El altruismo no es un ideal religioso, es una necesidad indispensable para la humanidad en su conjunto.

Si estudiamos la historia de la humanidad vemos que la clave para conseguir lo que el mundo considera grandes conquistas ha sido un buen corazón. Los derechos civiles, el trabajo social, la liberación política y la religión son ejemplos de ello. La motivación y una actitud sincera ante la vida no son patrimonio exclusivo del ámbito de la religión; cualquier persona puede adquirir esas virtudes si se preocupa de verdad por los demás. Las acciones resultantes de esta actitud y motivación pasarán a la historia como acciones buenas, beneficiosas y útiles a la humanidad. Hoy en día, cuando leemos en la historia acciones como estas, a pesar de que se trate de hechos pasados convertidos en recuerdos, no podemos por menos de sentirnos felices y reconfortados, y recordamos con admiración a las personas que llevaron a cabo esas grandes o nobles empresas. También en nuestra generación podemos encontrar algunos ejemplos de esa grandeza.



Por otra parte, en la historia también abundan los individuos que cometieron actos de lo más atroces y destructivos, como asesinar y torturar a otras personas o causar infinidad de desgracias y sufrimiento a una numerosa cantidad de personas. Estos incidentes reflejan la cara más oscura de nuestra herencia humana común y solo se producen cuando intervienen el odio, la ira, los celos y una codicia desmesurada. La historia mundial no es ni más ni menos que la crónica colectiva de los efectos que los pensamientos negativos y positivos tienen en los seres humanos. Reflexionar a propósito de la historia nos puede hacer ver que si deseamos una vida mejor y más feliz debemos examinar cuál es nuestra disposición actual y anticipar cuál será la forma de vida que esa disposición nos deparará en el futuro. El poder omnipresente de esas actitudes negativas no debe ser magnificado.

La Compasión y la Resolución de Conflictos

En nuestra situación global actual, la cooperación es esencial, especialmente en campos como la economía y la educación. El movimiento hacia la unidad de la Europa occidental ha servido para desmentir la idea de que las diferencias internacionales son infranqueables. Este movimiento es, a mi juicio, verdaderamente maravilloso y muy oportuno. No obstante, este trabajo de cooperación entre las naciones no ha surgido como consecuencia de la compasión o de una fe religiosa, sino de la necesidad. En el mundo hay una tendencia creciente hacia una concienciación global, y, en las actuales circunstancias, el establecer una relación más estrecha con los demás se ha convertido en un elemento esencial para nuestra propia supervivencia, por lo que se impone la necesidad de definir un concepto de responsabilidad universal basado en la compasión y en un sentido de la fraternidad. El mundo está lleno de conflictos de carácter ideológico, religioso e incluso familiar, y todos ellos giran en torno a la discrepancia entre los deseos de una persona y los de otra; pero cuando intentamos indagar en la causa original de esos numerosos conflictos descubrimos que en el fondo hay muchas fuentes distintas, muchas causas, incluso dentro de nosotros mismos. No obstante, aun antes de comprender las causas de todos nuestros conflictos, tenemos el potencial y la capacidad de llegar a una reconciliación amistosa. Todas las causas son relativas: aunque haya muchas fuentes de conflicto, también hay muchas fuentes de unidad y armonía. Ha llegado el momento de poner más énfasis en la unidad, y, para ello, son precisos el afecto humano y el análisis paciente basado en la compasión.

Es posible que un individuo no tenga las mismas opiniones ideológicas o religiosas que otro, pero si se respetan los derechos del prójimo y se dan muestras sinceras de una actitud compasiva hacia él, no importa si ese individuo considera acertadas o no las ideas de la otra persona; eso es secundario. Siempre y cuando la otra persona crea en lo que piensa y esa opinión le sea de algún modo beneficiosa, tendrá pleno derecho a obrar así. Por tanto, debemos respetar y aceptar la coexistencia de puntos de vista di-



ferentes. También en el ámbito de la economía hay que aceptar que nuestros competidores obtengan beneficios pues ellos también tienen que sobrevivir. Todo resulta más sencillo si tenemos una perspectiva más amplia basada en la compasión: una vez más, esta es la clave.

Desmilitarización

En algunos aspectos, la situación mundial actual se ha suavizado. La guerra fría entre la antigua Unión Soviética y Estados Unidos se ha terminado. En lugar de buscar nuevos enemigos deberíamos pensar y hablar seriamente de una desmilitarización global o, cuando menos, de la posibilidad de alcanzarla. A mis amigos norteamericanos siempre les digo: «Vuestra fuerza no proviene de las armas nucleares sino de los nobles ideales de libertad y democracia que defendieron vuestros antepasados».

Cuando visité Estados Unidos en 1991 tuve la oportunidad de entrevistarme con el ex presidente George Bush. En ese encuentro hablamos del nuevo orden mundial y le dije: «Un nuevo orden mundial con compasión sería algo muy positivo; pero albergo mis dudas sobre un nuevo orden sin compasión».

Creo que ha llegado el momento de pensar y de hablar de la desmilitarización. Con la fragmentación de la Unión Soviética han surgido algunos síntomas de reducción del arsenal y, por vez primera, se ha planteado la desnuclearización. Nuestro objetivo debería ser, en mi opinión, ir liberando paulatinamente el mundo — nuestro pequeño planeta — de armas. Eso no significa que debamos eliminar todas las armas. Podemos conservar algunas, pues siempre habrá entre nosotros personas y grupos que alberguen malas intenciones. Para salvaguardarnos y tomar ciertas medidas de protección frente a esas fuentes podríamos crear una fuerza policial internacional controlada regionalmente, que no perteneciera necesariamente a una nación concreta, sino que estuviese controlada de forma colectiva por una organización como las Naciones Unidas o un cuerpo internacional similar. De ese modo, si ninguna nación tuviese acceso a las armas, no habría peligro de un conflicto militar; tampoco habría guerras civiles.

Lamentablemente, la guerra ha formado parte de la historia humana hasta nuestros días, pero creo que ha llegado el momento de cambiar los conceptos que conducen a ella. Algunas personas consideran que la guerra es algo glorioso, que les da la oportunidad de convertirse en héroes. Se trata de una actitud muy equivocada.

Recientemente, un periodista me comentó: «Los occidentales temen mucho a la muerte, los orientales parece que le tienen menos temor». Le respondí medio en broma: «En mi opinión, la guerra y el sistema militar son de extrema importancia para la mentalidad occidental. La guerra significa muerte,



una muerte violenta, por causas no naturales. De modo que, en realidad sois los occidentales los que, aparentemente, no teméis a la muerte en vista de que sentís tanto afecto por la guerra. Los orientales, y particularmente los tibetanos, ni siquiera la tomamos en consideración; no concebimos la lucha pues su consecuencia inevitable es el desastre: muerte, heridos y calamidades. Por todo ello, el concepto de guerra es extremadamente negativo en nuestras mentes, lo que vendría a significar que, en realidad, tenemos mucho más miedo a la muerte que vosotros».

Lamentablemente, hay ciertos factores que hacen que la gente siga teniendo ideas incorrectas sobre la guerra. El peligro que entrañan estas ideas para la comunidad mundial es mayor que nunca, de ahí la necesidad de estudiar seriamente la desmilitarización. Pensé en ello muy especialmente durante la crisis del golfo Pérsico. Naturalmente, todo el mundo culpó a Saddam Hussein, y no cabe duda de que Saddam Hussein es dañino, cometió muchos errores y actuó mal en muchos sentidos. Al fin y al cabo es un dictador, y un dictador es por principio perjudicial. No obstante, sin su poder militar, sin sus armas, no podría haber actuado como un dictador. Y, ¿Quién le proporcionó esas armas?. Los proveedores tienen parte de responsabilidad. Algunas naciones occidentales le proporcionaron armas sin atender a las consecuencias. Pensar solo en el dinero, en sacar provecho de la venta de armamento es algo terrible. En una ocasión conocí a una mujer francesa que había pasado muchos años en Beirut. Me contó con gran pesar que, durante la guerra en Beirut había gente que obtenía beneficios vendiendo armas en un extremo de la ciudad y, ese mismo día, en el otro extremo, personas inocentes eran asesinadas con esas mismas armas. Del mismo modo, en un extremo del planeta hay gente que nada en la abundancia gracias a los beneficios que obtiene de la venta de armas mientras que en el extremo opuesto muchas otras personas inocentes son víctimas de esas armas sofisticadas. Por consiguiente, el primer paso es detener la venta de armas. A veces bromeo con mis amigos suecos y les digo: «Sois realmente maravillosos. Habéis permanecido neutrales en los últimos conflictos y siempre tenéis presente la importancia de los derechos humanos y de la paz mundial. Muy bien. Pero entre tanto vendéis armas. ¿No es una actitud un tanto hipócrita?».

Durante la crisis del Golfo me hice la firme promesa de comprometerme a apoyar la idea de la desmilitarización durante el resto de mi vida. Por lo que a mi país se refiere, ya he decidido que en el futuro el Tíbet debería ser una zona completamente desmilitarizada. Nuevamente, el factor clave para luchar contra la desmilitarización es la compasión humana.